



M. T. Podestá

El depósito

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

M. T. Podestá

El depósito

Se había destinado una de las piezas del fondo para los presos de menor cuantía. Se encerraba en ella a los sospechosos, a los que eran inculpados de causas leves, a los vagabundos, a los ebrios, y algunas veces, a los heridos que no podían ser trasladados inmediatamente al hospital.

En ese recinto cuadrado, con una puerta insegura, que daba al patio, pavimentado con tablas movedizas y horadadas en los cantos por una larga generación de ratones, que disfrutaban holgadamente de la bienaventuranza, pues no había perro, ni gato, ni trampa que hiciese peligrar su pacífica existencia.

En otros tiempos, había sido tapizada con papel adamascado; ahora, el papel había sido arrancado en grandes franjas en los momentos álgidos de fastidio y como un desahogo a la ira comprimida de los que tenían que pasar allí las largas horas de ocio y de zozobra.

La pared desnuda, mostrando en algunos puntos los ladrillos descarnados y rojos como una matadura, y de trecho en trecho, una variedad abigarrada, de fechas, recuerdos, nombres de mujeres, imprecaciones y versos mal rimados, rodeados de jeroglíficos ininteligibles.

Pendían del cieloraso las franjas sutiles y polvorientas con que habían entretenido sus ocios las arañas, que alguna vez descendían curiosas hasta el suelo, para fiscalizar la catadura del huésped que las acompañaba, o atrapar una mosca incauta, que zumbaba desesperada como presintiendo su suerte.

En ese recinto húmedo, malsano y que había sido bautizado con el nombre de depósito, encerraron piadosamente al epiléptico, hasta que fuese reconocido por el médico seccional, a fin de enviarlo al manicomio o dejarlo en libertad.

Con el silencio que reinaba en la habitación, lejos del bullicio y del roce poco fraternal de sus semejantes, el infeliz había recuperado poco a poco su calma habitual; los nervios iban entrando en quicio, y su cerebro, que había dado una verdadera batalla, iba conquistando, con el descanso, el funcionamiento semifisiológico, que le permitía darse cuenta de su situación y de los peligros que había corrido.

En los primeros momentos, empezó a vagar por la pieza, teniendo siempre por delante las imágenes bizarras que levantaban en su imaginación la anemia y las desdichas.

Hablaba, gesticulaba, hacía ademanes que parecían de loco, se llevaba la mano a la frente, dándose palmadas mudas, que sonaban como chasquidos; luego, se quedaba inmóvil durante largo rato, con los brazos cruzados sobre el pecho, cabizbajo, como si un pensamiento fijo lo absorbiese.

Un mechero de gas que iluminaba el patio, proyectaba algunos rayos amarillentos al interior de la habitación, dándole un aspecto siniestro.

En ese fondo claroscuro, a esa hora, en un recinto desmantelado, el *hombre de los imanes* tenía el aspecto de un forajido, de un demente.

Visto de improviso, se hubiera creído una aparición empastada de loco, de sombras, de carne contusa y amoratada, vagando dentro de las franjas colgantes de sus ropas raídas y

desgarradas.

Si él mismo se hubiese visto reflejado en la pared, como el ebrio que había contemplado, habría tenido repugnancia de sí mismo.

Cuando avanzaba lentamente desde el fondo sombrío del depósito y recibía de golpe la luz tenue, oscilante y amarillenta, que despedía el mechero del patio, parecía envuelto en las sombras misteriosas del sepulcro.

En los últimos escalones de su existencia había dejado su ropaje de filósofo inútil, tirando su último mandoble a la sociedad, con la que había roto por completo, y en la que no dejaba afectos, ni rencores.

Ahora estaba encerrado y custodiado en el depósito; la sociedad no quería sus miserias, su epilepsia, su impotencia; era un presente griego que relegaba al último rincón, para hacerlo inofensivo, inútil.

La polilla había invadido el tronco, dejando una rajadura seca, en la que no podrían echar sus raíces ni las plantas parásitas.

.....
En aquel silencio lúgubre, en medio de aquella oscuridad que aún se disputaban los manojos de luz que venían del patio, aquel pobre ser, medio hombre y medio ente, tuvo un momento de lucidez intelectual y afectiva.

Su cerebro, harto de elaborar ideas descabelladas y sentimientos egoístas, le hizo vislumbrar un horizonte de calma: la posibilidad remota de una regeneración, y con ella, un cúmulo de bienes.

Iba anudando con hebras de entusiasmo este programa privilegiado, y a medida que brotaban esas ideas y esos sentimientos modelados sobre conceptos más reales, se iba esbozando una entidad moral que él contemplaba extasiado, como un psicólogo que ha resuelto un arduo problema.

-¡Si yo fuese así! -decía con ansiedad, dando un toque a un sentimiento, como podría hacerlo un escultor con un perfil torcido y que con un golpe de buril lo levanta para hacer brillar la pureza de la línea.

Acariciaba luego una idea y la elevaba paulatinamente hasta hacerla digna de un cerebro delicado, equivocaba a veces los tintes y los matices, haciendo resaltar los colores chillones donde era menester la sombra suave, y entonces se perdía de nuevo en el caos de su exaltación neurótica.

El tipo moral que había elaborado pacientemente, quedaba convertido en una figura grotesca y deforme.

-No -exclamaba, -no, ese soy yo -y apretaba sus manos, temblorosas y crispadas, para amenazar a su modelo.

¡Ah, si hubiese podido materializar esta fantasía, que tantas veces le había hecho soñar, como si fuese una creación posible de refundir en su propio organismo!

¡Si hubiese podido tocarla con la fruición del avaro que hunde sus manos en el oro, para experimentar las impresiones acariciadoras del metal!

Venían después sus instintos abriendo brecha en ese ser leal y de creación reciente, para embadurnarlo con sus torpezas, y entonces, el vicio, el abandono, la zozobra sin tregua, la indiferencia, el agotamiento prematuro, que trae el desgaste de las fuerzas, como final de una lucha estéril y sin más objetivo que el egoísmo, triunfando con descaro de todos los arranques nobles, de todos los sentimientos más puros, de todos los impulsos más desinteresados.

Siempre se interceptaba él mismo como una mancha en la tela sutil donde había elaborado

esa organización exquisita, y una impulsión de despecho le hacía considerar su situación más odiosa y desgraciada.

Se hacía más culpable ante sus propios ojos, y en un arrebató de ira, se acabó de arrancar los jirones de harapos que lo cubrían.

.....
Acurrucado en el rincón más sombrío, había apoyado su barba descarnada sobre sus rodillas y, pasando sus largos brazos en forma de arco por delante de sus piernas, había entrelazado los dedos nudosos y huesudos, sosteniendo unidas y tiesas sus piernas flacas y filosas como dos aristas. Así, en esa actitud, plegado dos veces sobre sí mismo, parecía una de esas figuras grotescas de la alfarería india, arrumbado como un trasto inservible. Gozaba ahora de ese silencio tan grato a sus nervios; percibía apenas el rumor lejano y confuso que le traían las ráfagas que penetraban por los vidrios rotos, y se hacía la ilusión de que estaba lejos, muy lejos de la ciudad, como en sus buenos tiempos, cuando huía instintivamente a los suburbios, a cobijarse bajo una humilde pieza de casa de inquilinato. No había sabido vivir del trabajo, no había tenido energía para soportar con serenidad las zozobras y desfallecimientos con que se tropieza a cada instante, no había querido días amargos, ni un momento de disgusto para abrir ampliamente sus brazos a la esperanza soñadora; tampoco había tenido alegrías; no había visto desflorar la tierra por la semilla que empuja llena de savia su tallo erguido, cubierto después de frutos sonrosados y como pudorosos de su fresca desnudez.

Su filosofía escéptica, fría, descarnada, desconsoladora, hueca como una ampolla de jabón, que refleja engañosa los colores del iris y se desvanece con un soplo, había servido de coeficiente a su egoísmo, que subía ahora a los labios como una ola turbia y amarga, hasta darle náuseas de sí mismo.

¡Sus recuerdos!... ¡sus gratos recuerdos!... ¡ni ellos!... ¡Estaban salpicados de fango, y le mostraban una juventud árida, sin amigos, sin hogar, sin familia!

El vacío, el tiempo perdido, los años pasados velozmente, siempre iguales, reducidos a un día y acompañados del vicio, exhibiéndose en la copa dorada engañadora que oculta la serpiente enroscada en las cinceladuras primorosas del pedestal.

-Basta -se dijo, -es menester concluir... Desanudó sus dedos entumecidos, como si rompiese sus ligaduras, y agarrándose fuertemente la cabeza, estalló en un sollozo prolongado.

Parecía el aullido de un perro, delante de la tumba de su amo.

.....
El sueño puso término a sus dolores y reflexiones.

A fuerza de agitarse y de buscar acomodo a sus huesos, para ocultar mejor su desnudez, encontró una postura menos molesta, y poco a poco se fue transportando al mundo de las fantasías.

Soñó como los hambrientos, con grandes pilas de pan y manjares muy cerca de sus labios, pero se encontró con manos entorpecidas, que no le permitían atraparlos.

Horas interminables de felicidad hacían sus danzas caprichosas delante de su pupila, como mofándose de sus desdichas.

Un bazar de mujeres hermosísimas le exhibían con descaro sus formas voluptuosas; él abría sus brazos para envolverse en los pliegues de sus túnicas sutiles, pero en ese instante se desvanecían en sus manos, como si fuesen formadas de aliento y de lujuria.

Un ambiente fresco y perfumado dilatava las ventanas de su nariz, y poco a poco, los colores más tenues iban mezclando sus tintas para forjarle horizontes deslumbradores.

Largas alfombras de verdura y de flores se extendían a sus pies, y las mariposas de alas de

oro, y las flores de más exquisita fragancia, cambiaban sus caricias; la buena fortuna, vestida con rayos de luz y llevando en sus manos de dedos afilados y transparentes un cetro brillante, se acercaba suave como el suspiro de un niño a tocar su frente dolorida.

Si de improviso se hubiese acercado una luz a su semblante, descompuesto por el hambre, por el dolor; por los sufrimientos morales, se le habría encontrado transfigurado.

Hubiera sido curioso poder examinar esas impresiones traducidas por sonrisas, que pretendían dibujarse en sus labios machucados; ver esas líneas que formaban surcos prematuros en su piel apergaminada, estirarse poco a poco, levantar sus bordes en una curva suave, y desaparecer después en un pliegue bien modelado, obedeciendo a las fibras musculares, que habían permanecido en la inacción, casi atrofiadas.

Los músculos fisonómicos, recuperando poco a poco su vigor, excitado por un cerebro que elaboraba lentamente panoramas de felicidad, se contraían, se tonificaban, luchando con el ceño y la expresión enfermiza y de dolor a que estaban habituados.

Verle, de pronto, abrir desmesuradamente los párpados para presentar sus ojos fijos, inmóviles, de sonámbulo, en los que relampagueaba, de cuando en cuando, un rayo de alegría que animaba de pronto su rostro macilento.

Balbuecía palabras ininteligibles, y de pronto, una exclamación de sorpresa y de estupor, al propio tiempo que estiraba sus brazos descarnados para asir la felicidad, que aun en el sueño le daba la espalda.

.....
En esa actitud de animal cansado, se iba arrinconando cada vez más, hasta quedar como incrustado en la pared.

.....
Una escena grotesca, que tenía lugar en el patio, a poca distancia del depósito, vino a poner término a este éxtasis venturoso.

Un ruido sordo de voces, de protestas, de gritos y gruñidos roncós, reemplazó a los murmullos suaves, a las promesas halagadoras, y el tufo insoportable de humedad y mefitismo ahuyentó el fragante aroma de las flores, y las ráfagas de viento helado que entraban por los vidrios rotos, hicieron tomar el trote a los céfiros que habían arrullado el sueño del *hombre de los imanes*, y a las mariposas de alas de oro, los insectos zumbones y molestos que andaban haciendo círculos en el aire y chocando, de tiempo en tiempo, contra las paredes y la cabeza magullada del preso, con sus corazas negras, duras, relucientes.

-¡Era un sueño! -dijo después de restregarse los ojos. -¿Y esto? -añadió, tendiendo el oído en dirección al paraje de donde venían los gritos.

Olvidado, por un momento, del sitio donde se encontraba, y del tiempo que había transcurrido, creyó que eran de nuevo los manifestantes que querían concluir con él.

Un sentimiento de terror y de rabia conmovió todo su organismo, y en la actitud de una fiera acosada, extendió sus puños crispados, al propio tiempo que apostrofaba a sus enemigos, llamándoles cobardes y sin corazón.

En medio de la bulla y de la gritería que le mandaban desde afuera los ecos confusos y chillones, no podía distinguir sino estas palabras

-¡Es el loco!... ¡el loco!

-¡El loco! -repetía él entre dientes... -¡ah! creen que estoy loco... ¡ya verán! -exclamó impetuosamente, y haciendo movimientos bruscos para levantarse y salir al encuentro de sus enemigos imaginarios... pero las fuerzas lo abandonaron, y cayó de rodillas, dando pesadamente con la frente contra la pared.

-¡Me muero! -gritó con voz ronca.

Y esa pobre carne que estaba ya deshilachada, no pudo reaccionar. En ese momento, a los gritos, a las protestas y al ruido de esfuerzos y de empujones, y al arrastre, que hacía crisar los nervios, se agregó el estrépito de la puerta, que se abrió violentamente, recibiendo el choque de un hombre, que fue lanzado como un fardo al interior de la habitación. Cayó, produciendo un ruido seco y extraño, como si estuviese inflado, lanzando una interjección de ira y de dolor. Cerróse nuevamente la puerta, y el rumor de pasos y de voces se perdió, poco a poco, hasta quedar todo en el más completo silencio.

.....

Permaneció pensativo y amedrentado el *hombre de los imanes*, esperando descubrir la filiación de su compañero, ya que respecto de los manifestantes no tenía por qué temer; estaban tranquilos en el Comité, echando sus cuentas sobre el efecto de los vivos y muertas que habían lanzado a los cuatro vientos. En la actitud del gato que acecha al ratón, esperaba que la mole que se había desplomado cerca de él, se moviese o lo llamase en su auxilio. Nada; el infeliz seguía estirado en el suelo, roncando cada vez más fuerte, y lanzando a intervalos unos gruñidos roncacos de apoplético, que le hacían estremecer. Lo llamó repetidas veces, le instó para que se levantara y fuese a contarle sus cuitas; pero, viendo que sus tentativas no daban resultado, se aventuró a estirar, en la semioscuridad, su brazo largo para tocarlo con su índice puntiagudo como una lezna. Empezó por palparle suavemente una pierna, que había quedado desnuda, sintió el contacto de la piel lisa, turgente, suave, caliente, y al querer imprimirle la presión de su dedo, retiró bruscamente la mano, como si hubiese tocado la piel de un animal repugnante. Se había hendido la carne, dejando un hueco, como si fuese un hombre empastado en masilla. Se arrastró de nuevo hacia un rincón, procurando distinguir en la oscuridad los movimientos del ebrio. Miraba fijamente el bulto que estaba a poca distancia, e instintivamente tuvo miedo; le parecía que venía lentamente rodando como un gran montón de escoria que quisiese sepultarlo. Luchaba con tenacidad contra el sueño, y cuando ya estaba a punto de quedar vencido, se contundía con los puños las carnes más doloridas, o se hincaba las uñas en el pecho para estimularse. Empezaba a aclarar. La luz del mechero de gas se hacía cada vez más pálida. Grandes franjas de nubes rojas asomaban por el horizonte, salpicadas, de trecho en trecho, por manchones negros, revueltos, como si la luz se apresurase a despojarse de esas vestiduras, para tirarlas en jirones que el viento dispersaba, dándoles formas caprichosas. El *depósito* iba exhibiendo su contenido como con desgano; las sombras huían abochornadas, a medida que se iban despejando los contornos de ese cuadro de la miseria y del vicio. El *hombre de los imanes* daba la espalda a la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho, y esperando resignado la terminación de sus desdichas. Cuando daba vuelta a la cara y veía a su compañero tendido a sus pies como una res desollada, le venía a la memoria la figura grotesca que había reflejado en la pared los contornos de aquel infeliz que había contemplado desde la angarilla en el rincón del patio.

Levantaba luego su mano a la altura del pecho y la restregaba rápidamente contra sus costillas salientes, como si quisiese alejar de sus dedos alguna partícula venenosa que hubiese quedado adherida por el contacto con la pierna del ebrio.

Este continuaba tendido en la misma postura.

Sobresalía el vientre en una curva enorme, dejando ver su piel reluciente por entre las aberturas de la camisa sucia y desgarrada.

Parecía que las piernas quisieran reventar la tela del pantalón roto que las envolvía, y sus manos hinchadas, escarlatas, elephantíacas, pegadas a las caderas, estaban cubiertas de ampollas y lastimaduras, como en los miembros atacados de gangrena.

Tirado así de espaldas, con su vientre abovedado, que parecía próximo a estallar, el pecho se levantaba en sacudidas precipitadas, como si tuviese apuro de almacenar aire en los pulmones congestionados.

Por instantes detenía la respiración, su cara se hacía más rojiza, abría los ojos inyectados, y sus labios tomaban el color del vinagre; quedaba inmóvil, sin hacer ruido, hasta que una sacudida nerviosa le estremecía todo, como un perro envenenado; y luego, otra vez la inmovilidad y el silencio.

En estos momentos, el *hombre de los imanes* estiraba el pescuezo, lo miraba fijamente, y, juntando como en un palmoteo las manos descarnadas, exclamaba asustado: -¡Se ha muerto!

Y como si esta exclamación fuese a herir el oído del ebrio, empezaba de nuevo a respirar; primero, con una respiración amplia, ruidosa, algo como un esfuerzo supremo de vida, como si nuevas combustiones hubiesen recalentado esa hoguera próxima a extinguirse.

Volvían a caer sus párpados hinchados, glutinosos, equimóticos; entreabría su boca para dar salida a la espuma sanguinolenta que se pegaba como un copo a sus labios gruesos, carnudos, amarillentos, sosteniendo el superior una hilera de pelos duros, entrecanos, adheridos a la carne como una costra.

Las mejillas, surcadas por venas azules, sinuosas, formando arborizaciones, que iban a terminar en el cuello, donde las gruesas venas estaban hinchadas, pletóricas, y amenazando romperse.

Un pescuezo de buey, corto, colorado, que se dilataba en cada sacudida respiratoria, como si el aire de los pulmones pasase al través de las mallas de sus tejidos.

Ese conjunto ya no era un hombre; el alcohol había impreso, sucesivamente, su huella en esas carnes, robándole su nobleza plástica, hasta ahogarlo en una capa de grasa blanduzca y pegajosa.

Había recorrido todas las vísceras, en las que había dejado un recuerdo de sus estragos; ahora, asomaba al exterior, con la hidropesía, la hinchazón de las piernas, las manchas violáceas y escarlatas que se difundían por toda la piel, como si fueran el bochorno del vicio, descubierto de improviso.

El cerebro descansaba de las fatigas y torturas del delirio, obedecía como un esclavo a los estímulos de la animalidad; todos los sentimientos nobles habían huido del corazón -ebrio él también y dando traspies dentro del pecho; -del cerebro se habían desalojado las ideas para dar entrada a las alucinaciones, a las impulsiones disparatadas, a la perversión maniática, a ese mundo compuesto de monstruos, de gentes de ojos de sangre, de caras verdes, de labios amarillos de agonizantes, de bocas torcidas, como en una burla de demente: todo esto había desaparecido, a su vez, para dejar en su lugar el caos, la inconsciencia, el reblandecimiento, la atrofia... la orgía concluida en el sueño del embrutecimiento.

En su intimidad más sensible, se había producido una catástrofe: una arteriola desgastada, enferma, había estallado, y la sangre comprimida, se había abierto un camino sinuoso al través del tejido blanduzco, desgarrando masas preciosas, que habían dado el toque de alarma, llevando la confusión a sus compañeras.

Un asalto brusco, traidor, le había hecho abrir los ojos desmesuradamente, como el buey que recibe el mazazo de improviso; luego, la convulsión, y el *coma*, como un preludio de la muerte.

.....
Ahí estaban, el uno frente al otro, estos dos seres, los que, encaminados por distintos rumbos, habían venido a converger al alojamiento inmundo del *depósito*. Separados ayer por una arista débil que interponía la sociedad con sus preocupaciones y sus distancias convencionales; hoy, abrazados, unidos, vinculados fraternalmente en la comuna del vicio: uno, al borde del sepulcro; otro, haciendo antesala al manicomio.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

